

ridículo... el *richissime Américain don Joseph Fernández y Andrade* [que] compró tal cuadrado de Raffaelli... (249).» La última decisión de José Fernández antes de que lo encontremos de regreso en América, en su interior, rodeado de su colección, consiste en vaciar su casa en París y empaquetar su colección para cruzar el Atlántico con ella. En su pretensión de encontrar su identidad despedazando la tradición europea de su tiempo en pequeñas piezas coleccionables, en su intento de convertirse en heredero de su propia colección, el personaje debe destruir el contexto que da sentido a los objetos.

La conclusión, evidente al comienzo de la novela, es un callejón sin salida, una ficción sin contacto con la realidad de su entorno «natural» americano que no puede durar mucho. Como afirma Walter Benjamin en «Desembalando mi biblioteca», «privada de su coleccionista, la colección pierde su sentido... Sólo al extinguirse el coleccionista es comprendido» (32).

La comparación entre el diario ficcional del protagonista de *De sobremesa* y el diario del viaje de Horacio Quiroga⁷ a la capital de Francia en 1900 nos revela la distancia que puede existir entre el mito y la realidad de París. En el diario de Fernández se encuentran plasmadas todas las fantasías que dicha ciudad suscita en un joven hispanoamericano cuyo afán es «poseerlo todo». La colección que Fernández se lleva consigo a su interior parisino en América significa la victoria sobre la ciudad. Quiroga, contando con cierta fortuna heredada de su padre, viaja a París con un sueño parecido. Pero pronto ocurre algo inesperado. El dinero que debía recibir desde Montevideo nunca llega y el deseo de adquisición y posesión de la ciudad se ve bruscamente frustrado. Así lo expresa claramente Quiroga en la entrada del cuatro de Junio: «La estancia en París ha sido una sucesión de desastres inesperados, una implacable restricción de todo lo que se va a coger» (54). Convertido el viaje en el suplicio de Tántalo, el hambre transforma pronto su visión de la ciudad y el recuerdo de la tierra natal se agranda y embellece en la memoria:

¡Oh mi América bendita, donde todo es grandeza y hospitalidad! ¡Cómo te adoro en París! Creo que si de un golpe me transportara a esa, lloraría, si, lloraría abriendo los brazos a mi Madre, a mis amigos, a las tardes y a las noches. Pero todo concluirá... y..., aun entonces, digo, tendré horror del recuerdo de París, y estaré donde está lo que quiero (98-99).

⁷ *Horacio Quiroga, Diario de viaje a París de Horacio Quiroga. Montevideo: Número, 1950.*

Al mismo tiempo que confiaba estas palabras a su diario, Quiroga mandaba unas crónicas sobre su visita al diario *La Reforma* de Montevideo en las que aparece un elogio de París que muy bien podría haber sido escrito por Gómez Carrillo.

¡Oh París, París, ansia infinita de todos los que han soñado una vez siquiera los grandes recuerdos y la suprema manifestación del arte!

¡Ciudad extraña y compleja en sí misma, que vive de su pasado y su presente como una pura gloria, donde yace, tiembla y espera a su vez la hora de ser posible todo lo excelso que ha sido ayer y todo lo vibrante que será mañana; ciudad fastuosa y viril sobre todas; alegre e inmortal!

¿Qué más pedir, para los eternos parias de lo grande, que esta vida de París, respirando el aire de los que son y fueron creadores de lo Absoluto...? (136.)

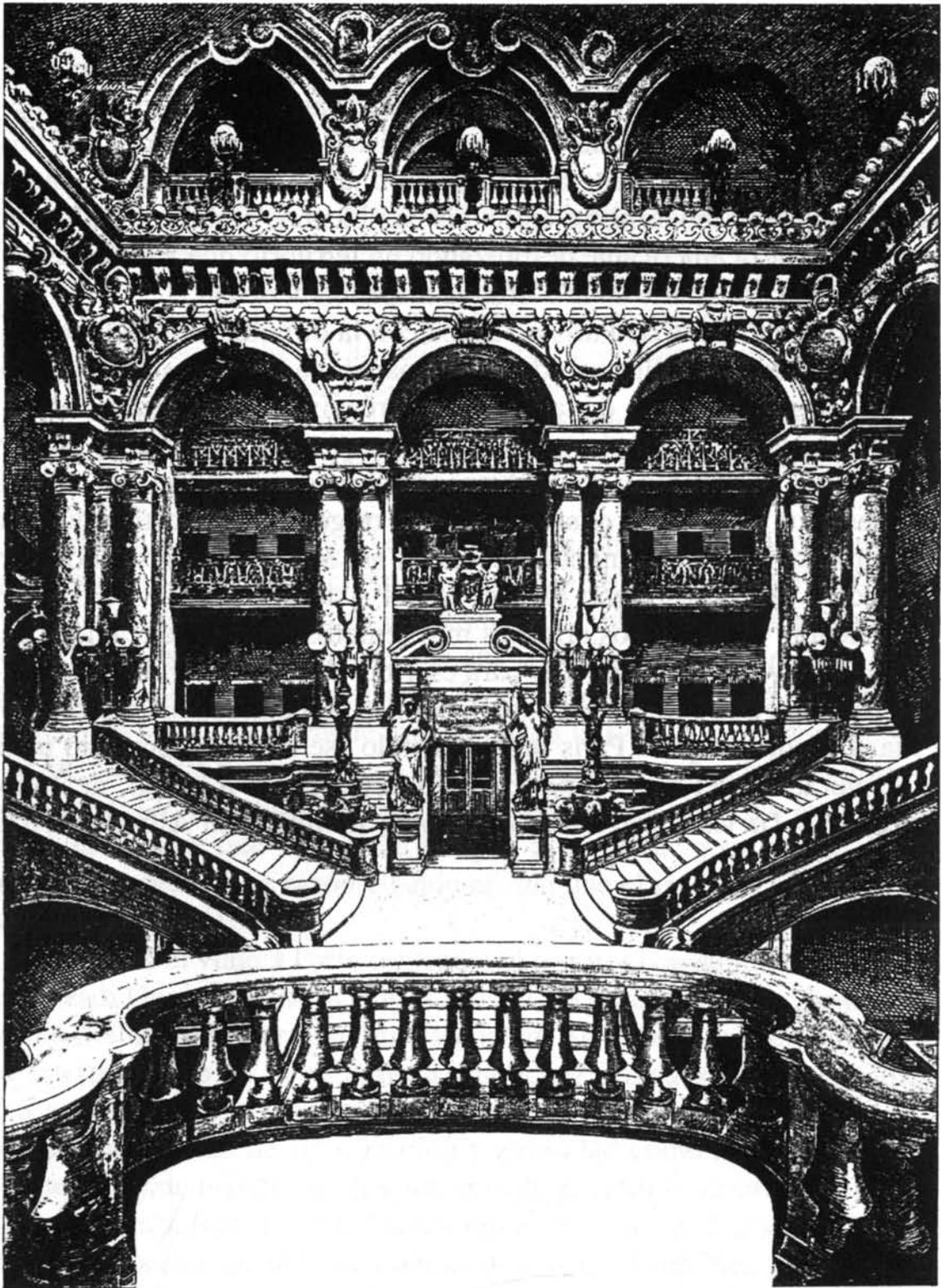
El diario de Quiroga nos proporciona aquí una ocasión inmejorable para apreciar cómo el discurso de París, el mito de la ciudad que Quiroga recibe, se impone en su escritura y esconde su verdadera opinión sobre la ciudad, consciente de que sus lectores nunca le creerían o de que lo tomarían por un fracasado. Pero en la diatriba de la ciudad que aparece en su diario se encuentra insinuada la semilla de la obra posterior del cuentista uruguayo: «¿Qué más da que otros digan lo contrario, porque aquí lo han pasado bien? Cada cual vive la vida que le es posible; y el cazador que vive en su bosque, el rural que goza con su escopeta y sus soles, tiene razón cuando afirma que el monte o el pueblo es mejor que París (102).»

De nuevo el viaje a París confronta al escritor con su identidad y, en este caso, Quiroga, ante la imposibilidad de poseer el París recibido a través del mito, refuerza su americanidad. Su regreso a Montevideo y su internamiento en la naturaleza americana indica ya el camino que van a seguir algunos escritores que deciden abandonar un espacio demasiado recargado de significación y autoridad como París, por la exploración de un espacio autóctono, el de la naturaleza americana.

La polarización de los términos representados por París (artificialidad, enfermedad, pérdida de identidad) e Hispanoamérica (natural, vigor, orígenes) se acentúa en *Raucha*, de Ricardo Güiraldes en donde el autor argentino trata de presentar las consecuencias nocivas que el «discurso de París», diseminado por el simbolismo francés y el modernismo hispanoamericano, ejerce en la juventud de Hispanoamérica. Al presentarlo como tal discurso textual, Güiraldes muestra el desmoronamiento del mito de París en el que se concentran las imágenes de la en-

fermedad y la artificialidad, y propone como solución una vuelta a la naturaleza americana. En *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, el protagonista abandona las ciudades para internarse en la selva, representando así la huida del interior parisino por parte de muchos intelectuales. De esta manera, el trayecto final de tantos viajes de autores y personajes modernistas entre dos continentes, acaba en el corazón de la naturaleza americana, desbrozando un territorio que va a ser escenario de una gran parte de la narrativa hispanoamericana.

La imagen mítica de París no acaba con la difuminación del modernismo del panorama literario de Hispanoamérica. Tras la «novela de la tierra», el advenimiento de la vanguardia reavivará el interés de los escritores hispanoamericanos por París. Pero en esta ocasión, la mayor parte de los narradores y poetas hispanoamericanos viajarán a la capital francesa con una mayor confianza en sus orígenes y su destino que les permitirá seguir explorando su identidad sin sentirse tan acosados por la ciudad. Escritores como Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier se dedicarán a indagar los orígenes más remotos de la americanidad en los museos y las aulas de París para escribir obras que seguirán abriendo el camino a la continuada exploración de la identidad hispanoamericana. Décadas después París seguirá siendo ese territorio propicio para la exploración del «ser» americano en obras como *Rayuela*, de Julio Cortázar o *La vida exagerada de Martín Romaña*, de Alfredo Bryce Echenique.



Le grand escalier de l'Opéra